En el Perú siempre se ha pensado. Desde lo humano que habita en las culturas precolombinas, hasta los amautas de los incas, y pese a la catástrofe de la Conquista, hubo quipucamayoc y cronistas soldados y conventuales. Desde los inicios, hubo todo aquello que universalmente se considera espíritu, inteligencia, aprendizaje y conciencia. Y desde el siglo XVI, la escritura. No debe, pues, sorprender que nos ocupemos de las ideas y postulados de los peruanos que, en el curso ya largo de nuestra historia, han pensando en el Perú. Bajo la dominación hispánica, hubo escolástica, un catolicismo cerrado que perseguía heréticos, portugueses judíos y alucinadas que se creían brujas, para ellos la Inquisición. Somos, pues, hijos del peor catolicismo, el de la Contrarreforma. Sin embargo, hubo percepciones tan heterogéneas —por ejemplo, la de Huamán Poma de Ayala— que no podemos menos que llamarlo, en nuestros días, un «pensamiento divergente». También es cierto que el oficio de pensar, aparte de que solo era la tarea de muy pocos, no dejó de ser penoso y hasta peligroso, cuando se lograba leer, a hurtadillas, los pensadores laicos de la Ilustración española, francesa e inglesa, en la pacata Lima del XVIII. La Independencia no fue solo una serie de rebeliones —que fracasaron—, o solo una expedición militar, cuando llega San Martín a Paracas. Emanciparse fue un proceso complejo, y el Perú sin imperio tuvo diversos padres y nacimientos. Diversas causas, como veremos más adelante.

Acaso por su variedad, nos están diciendo que el Perú contemporáneo no logra todavía tener un Estado moderno y una nación unificante, por ser en el fondo, una civilización. Con todo lo que eso significa como riqueza cultural y a la vez, dificultad. Pienso entonces en Japón, China, India. En la América que dejó de ser española después de tres siglos de diversos mestizajes, el único caso que se nos parece es México.

Ahora bien, al partir en esas primeras líneas, conviene confesar nuestros límites. Esta no es una historia intelectual del Perú que incluya el periodo que va desde el XVI hasta el fin del periodo colonial. Bajo virreyes, Iglesia Católica y reinando la administración imperial de los reyes Austria, hubo pensadores. ¿No lo fue acaso el mestizo Gómez Suárez de Figueroa, conocido como Garcilaso de la Vega, el Inca? El descendiente de un conquistador y una madre de la nobleza incaica, resulta en España —de donde no pudo volver— un producto del Renacimiento. Con los *Comentarios Reales*, Garcilaso es eso que con el tiempo, siglos después, llamaremos un intelectual. Una obra que surge desde una persona. No desde una Iglesia. El ilustrado mestizo es nuestro primer exiliado. Nunca pudo volver, y las tierras frías de Córdoba, acaso le hacían pensar en el Cusco de su adolescencia.

Más claramente, no está aquí la completa historia intelectual del Perú. Solo aquello que acaece desde el gran reto de ingresar a la modernidad. Desde el XIX, desde la Independencia hasta nuestros días. Quizá algún espíritu curioso, o un equipo de investigadores, se anime a reunir los textos más sagaces y brillantes de peruanos virreinales, materiales hay, desde Olavide y los que escribieron para el *Mercurio Peruano*, y en el pasado, los cronistas, Cieza de León, el padre Calancha, y el barroco literario, y los poetas irónicos durante la larga noche colonial, bajo el manto de la escolástica, siempre alguien pensó en el Perú. A veces como algo enigmático, o algo que se podía conocer si se le recorría extensamente, filas de expedicionarios por lo que siempre fue considerado como un reino. Y algo singular, el paraíso en el nuevo mundo, o una suerte de eco de lo hispano, perdido entre los muros gigantescos de los Andes. Una suerte de castellanidad para un continente en el que lentamente se iba construyendo no la repetición de la metrópoli sino otra tierra, casi otra lengua. Una singularidad que parecía española en los linderos más lejanos de la Europa católica. Poco a poco, los criollos sabían que era su mundo, hasta que llegaron las flotas y cañones de libertadores ante una crisis imperial que nunca pensaron que podía acaecer. La Independencia no fue algo previsible.

La modalidad que hemos adoptado, establece una didáctica de las ideas y a la vez una historia intelectual del pensamiento peruano durante los primeros dos siglos republicanos. Nuestro método aborda autores y con ellos, el clima de una época, el 'aire del tiempo' que dicen los franceses. El *Zeitgeist* de los alemanes. O para decirlo sencillamente, el contexto histórico. No es lo mismo los años en Lima antes de la Primera Guerra Mundial —la *Belle Époque*— y los años veinte en que emergen diversos socialismos en versiones distintas, Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui. A su vez, los años treinta tienen otros autores y pensadores. Y así por el estilo. Nuestra modalidad intenta abordar tres cosas decisivas. Quién es el pensador. Qué *-ismo* o idea nace. Qué corriente. Y, obviamente, cómo reacciona no solo el poder sino la sociedad misma. Tres explicaciones. La individualidad del gestor de ideas. El «nos» o sociabilidad que implica todo *-ismo*. Y las marchas y contramarchas. Atendiendo al vaivén de las ideas en la sociedad peruana. Y, por cierto, el desfile de etapas, generaciones y épocas. Dirigido a un público de lectores con probable formación académica, este libro no se limita a una filiación de filósofos o de historiadores —aunque abunden— sino de todo aquel que en el curso de los siglos XIX y XX, tuvo ideas que podían ser una corriente determinada, o bien, novedades, y en muchos casos, creaciones. Nos interesa la «intelligentsia» y a la vez el tipo de público y clases sociales al que estuvo dirigido. Esta historia de las ideas, en consecuencia, es historia social, historia política.

Confesamos, sin embargo, haber visto un trabajo semejante en el Japón de un bicentenario. No hay que olvidar que el Japón tuvo una transformación desde lejos más difícil que la del Perú en la modernidad, pasando bruscamente de su Edad Media a convertirse en un país industrial y competidor, en el campo

geopolítico, de la Inglaterra de la época, que entonces dominaba diversas colonias asiáticas. Los japoneses han publicado un listado de textos de sus pensadores que, francamente, nos deja admirados por la lucidez de los que vieron las enormes dificultades que iban a tener al entrar a una forma de la modernidad que parecía solo accesible a los países occidentales. Ahora bien, no se trata de imitarlos, sino de reconocer su singularidad y cómo lograron equilibrar tradiciones y modernidad. Son una singularidad. Nosotros también somos una singularidad. Por eso este libro. Las ideas entre el pensamiento y la sociedad.

Ahora bien, si la Independencia es el inicio de la historia moderna para nosotros y los actuales países latinoamericanos, ¿cuál fue el principio del principio? Para el Perú, sin duda alguna merece ser situada la rebelión de Túpac Amaru II, por dos razones. La primera, la cronología. Acaece en 1780. La segunda, el hecho que comenzara como un escarmiento a los corregidores por sus abusos con los indígenas, se vuelve algo más vasto, y antes de ser derrotado (por otro cacique), se autotitula «Indio de la sangre real de los Incas y tronco principal». ¿A qué aspiraba? Abole de inmediato las mitas y repartimientos. Acaso a un trono, pero la idea de una emancipación de orden republicano no aparece en sus edictos, que son «moderados y sensatos» (según Mendiburu). Otro punto de partida es Juan Pablo Viscardo y Guzmán, miembro de la Compañía de Jesús, víctima del exilio. Autor de la *Carta a los Españoles Americanos*. Se le reconoce como el primer proyecto de independizar la América española. Dicha carta parece haber sido escrita años atrás de su publicación en Londres, en 1799. Al parecer, Juan Pablo y su hermano, pese a su vida de errancia y dificultades, estaban al tanto de la rebelión del cacique Condorcanqui. Lo suyo es un llamado a la insurrección de los criollos, aunque no los llame así sino «españoles americanos». En fin, el descontento y la rebeldía en las colonias de España, y en particular en el Virreinato del Perú, maltratado por las Reformas Borbónicas, se expresa en el elogio al virrey Jáuregui, pronunciado por José Baquíjano y Carillo, Fiscal Protector interino de los Naturales, en 1781, que de elogio no tiene nada. El brillante y conocido Baquíjano, se ocupa, ante la corte y el virrey, de hablar sobre «la desagradable relación de las miserias». Fue un escándalo, pero lo hizo célebre. Baquíjano, hijo del conde de Vistaflorida y catedrático de prima de cánones entre 1806 a 1814, estaba a la cabeza de un corriente liberal, y había fundado, con otros, el *Mercurio Peruano*. En realidad, encarna la ambivalencia de los ilustrados peruanos. Y el famoso discurso —que veremos más adelante— era una protesta por los abusos con los indios o una forma de aconsejar al virrey. Mendiburu dice que acaso «quería la independencia, pero en su pluma nunca se atrevió a desear la independencia de España». Muere en 1818. No alcanza a ver la llegada a Lima de San Martín y luego de Bolívar. De alguna manera es parte de los ilustres que ya tienen una conciencia de la patria, pero no la decisión de ir a la emancipación política. En esa etapa previa a las guerras de la independencia, hay que situar a Vidaurre.

Independencia, lectura contemporánea

Lo que llamamos la independencia fue algo más que una ruptura de países coloniales con el Imperio español del XVIII y XIX, entre ellos el Virreinato del Perú. Para los americanistas de nuestros días —o sea estudiosos europeos y norteamericanos— es considerado como «un acontecimiento gigantesco» (Berthe, *Encyclopedia Universalis* 2004). En otras palabras, se trata nada menos que de la emancipación de las colonias americanas de un imperio que se hunde, después de haber sido, durante tres siglos, parte del juego de conflictos y rivalidades con otras naciones imperialistas. El hecho americano ocurre tras medio siglo de independencia de los Estados Unidos en la América del Norte, lo que da lugar, dice Berthe, a la aparición de una constelación de «nuevos Estados nacionales». Es decir, nosotros.

En el proceso de la independencia, hubo diversos intereses, fuerzas revolucionarias militarizadas y otras improvisadas, y los personajes fueron a veces pro nuevos absolutismos, como los de Bolívar con presidente vitalicio, o monárquico con San Martín, o republicanos inclinados al centralismo y otros a sistemas federales. Con ideas diversas, que recogemos en estas páginas. Pero para entender ese proceso, que tiene diversas causalidades, es preciso desprenderse de un par de axiomas que han dominado la manera de ver el origen de la independencia. En efecto, ha sido corriente tomar la emancipación hispanoamericana como un remedo de la independencia de las colonias inglesas de la América del Norte. Lo que ocurre en el sur, desde México y Venezuela hasta Buenos Aires, no es un llano conflicto entre los colonos y los ingleses metropolitanos. Es cierto que hubo una fuerte influencia ideológica que pasa de los insurgentes americanos a los criollos de la América española, como el Common Sense de Thomas Paine, o la Declaración de la Independencia de Philadelfia, la constitución de Apatzingán en 1814.

Por otra parte, ha habido un axioma que interpreta la Independencia como una serie de naciones que comenzaron a optar por su autonomía. Y es así como la historiografía nacionalitaria —para llamarla de alguna manera— ha querido ver todo tipo de rebelión o protesta como una suerte de la primera señal de conciencia nacional, sin detenerse a examinar que las tensiones internas de la sociedad colonial eran muy distintas entre sí. Detengamos un momento en este punto crucial. Cierto, el exceso de la fiscalidad de las alcabalas, producía conflictos en Quito, Nueva Granada y en Caracas, con la Compañía Guipuzcoana, 1749. Hubo otro tipo de revueltas, repetidas, endémicas, la de los negros cimarrones. O el trato inhumano de los corregidores del Perú con los indios, el trabajo en las mitas, la compra obligatoria impuesta por los corregidores, llamada repartos; además de las alcabalas (tenían que adquirir fierro, bayetas, alfileres, agujas de Cambray —«ridiculeces» las llama Túpac Amaru en la carta que dirige al visitador, que recogemos en este libro—).

Es probable que los actores de esa inmensa transformación no entendieron del todo lo que estaba ocurriendo, y ocupados en el torbellino de grandes

guerras imperiales, no vieron sino una guerra de «patriotas» americanos, del norte y luego del sur, dadas las circunstancias provocadas por las guerras europeas en la era de Napoleón. Sin embargo, para los hombres de Estado de Inglaterra, ese nuevo mundo que se emancipa de España, era interesante para ampliar el Imperio comercial inglés a niveles continentales. Ciertamente, Londres juega un papel en las guerras de la independencia de la América todavía española. El lugar adonde va a buscar ayuda Miranda. Y hay que recordar a lord Cochrane, el marino inglés y miembro de la Cámara de los Comunes, que luego de servir a Brasil y en su guerra con Portugal, deja a los griegos que intentaban liberarse de los turcos y pone su talento y experiencia militar al servicio de la libertad de Chile y participa en la expedición para liberar el Perú de 1820-1821. Cochrane ya se había lucido en capturar naves españolas y sus victorias sobre la marina francesa, cuando comanda la flota que Chile envía para liberar al Perú, 25 navíos que transportan a Pisco unos 4 200 hombres, 800 caballos, cañones y provisiones. Estamos hablando de la llegada de San Martín a Paracas. Esos navíos de guerra eliminan la posibilidad de un refuerzo de España a sus ejércitos en los Andes. Ahora bien, no hay que confundirse. Diversos ingleses, como Miller (Cochrane era escocés), intervienen en las guerras de la independencia peruana, pero a título personal. Vencido Bonaparte, muchos cuadros militares se quedaron sin actividad. Y el conflicto en el otro extremo del mundo, en América del Sur, los necesitaba.

Y no hay que olvidar que no solo los naturales —los indígenas— tenían causales de protesta. También los criollos, abusos del régimen virreinal, los excesos de la fiscalidad, sobre todo con la reforma de los borbones. Tiranía y desdén de la administración, virrey, Audiencia, y si desaparecieron los corregidores, los reemplazan los intendentes. Todo el poder concentrado, en el otro lado del mundo, en Madrid. Pero todo eso eran dolencias que se acompañaban con los privilegios alcanzados por los mismos criollos. «Numerosos, potentes, enriquecidos, los criollos tienden a afirmarse después de mucho tiempo con proponderancia sobre la masa miserable y despreciada de las poblaciones de color, negros o indios» (Jean-Pierre Berthe).

Por lo demás, los festejos del Bicentenario; que comenzaron en México, Argentina, Venezuela y Chile, antes que en el Perú, son distintos a los que hubo un siglo atrás, cuando se festejó el Primer Centenario. Hubo entonces sendas versiones nacionalistas. Hoy en día, se ha producido una intensa renovación historiográfica que vincula las rupturas revolucionarias de la independencia iberoamericana a acontecimientos en la propia España imperial, tales como la revolución liberal española, a Cádiz y la constitución de 1812 en la cual participaron delegados americanos, entre ellos, peruanos.

Vinculando lo que ocurría en nuestros países con un hecho particular, un accidente en la historia, nos referimos a la ocupación por Napoleón de España (6 de mayo de 1808), y lo de Bayona, la doble abdicación de Fernando VII y de su padre Carlos IV. Lo cual no solo provoca la insurrección del pueblo español

sino un rosario de juntas entre criollos y virreyes. Fue el primer ensayo de poder que tuvieron las capas pudientes y hegemónicas de cada virreinato.

Ciertamente, nuestras independencias ocurren en un «tiempo de las revoluciones», de 1750 a 1810 —concepto de los historiadores contemporáneos, Hobsbawm, Thomas Calvo—, pero no se explica las «guerras de la independencia de México a Chile si es que no se toma en cuenta los acontecimientos ocurridos en las dos orillas del Atlántico». Es evidente su vinculación. Una lectura doble se nos impone dados los hechos históricos. La independencia no hay que confundirla con la idea de guerras de «liberación nacional», típicas del siglo XX, en Asia y en el África.

En suma, la independecia fue un acontecimiento muy diverso, no fue un proceso predeterminado, como el de las revoluciones del siglo XX, el resultado de un partido revolucionario. Ocurre desde causales diversos, uno de ellos, decisivo. «España estaba sumergida en su propia 'guerra de independencia', ante la invasión napoleónica». Muchos causales, por eso Roberto Breña lo llama, «el imperio de las circunstancias» (Carlos Beorlegui, *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*). En suma, son las independencias las que abren el camino para que comience la etapa nacional. La nación no es el origen sino la consecuencia. No se forma en nuestro siglo XIX debido al abismo entre el indio (en su servidumbre a los terratenientes criollos) y el país de criollos dominantes, negros, zambos, mestizos, etc.

Nada de esto quita el valor y el coraje de los que lucharon en Maipú o en Ayacucho. Lo que pasa es que en tiempos como los nuestros, de mundialización, estamos llevados a una mirada con contextos más amplios, en los cuales el azar de la historia también interviene. Abriendo nuevas potencialidades y nuevos puntos de vista. Tenemos que entender, pese a un cierto narcisismo nacionalista, que los héroes de nuestras independencias coinciden con los de un imperio español en plena decadencia. Hay una coyuntura mundial en el momento de la emancipación. Y es evidente que nuestras aventuras republicanas son colaterales a las nuevas hegemonías en el XIX, Inglaterra, Francia y luego los Estados Unidos. Se explica, pues, la inclinación a lo francés, a lo anglosajón. Los efectos migratorios en el sur de América.

En ese mismo siglo XIX republicano, la independencia no corrige la situación de mestizos e indígenas, al contrario. Las elites político-económicas dominan como en el periodo virreinal, «una parte de la oligarquía pensaba que la mejor forma de seguir disfrutando su situación de privilegio era manteniendo la dependencia con la monarquía española» (ibídem). De ahí, el trato que hubo con el virrey Abascal, las ambigüedades (Baquíjano, Vidaurre). Pero como la independencia la lideran los criollos y sus casonas, se hizo en su propio interés y no en el de las clases bajas. «M. Izard dice: los grupos dominantes optaron por la independencia, porque 'la vinculación con la Metrópoli era ya insoportable y suponía un obstáculo para el desarrollo material'» (ibídem).